

**EN TORNO AL ENSAYO DE ORWELL  
“SUCH, SUCH WERE THE JOYS”**

**Juan José GUILLEN CALVO**

El ensayo *Such, Such Were the Joys*, de Orwell es un documento autobiográfico importante del autor. Es autobiográfico no en un sentido histórico de su vida, sino en un aspecto intimista de sus sentimientos, que nos refleja su postura ante los valores de su sociedad y ante algunos acontecimientos o movimientos fundamentales para la formación de sus ideales políticos y sociales. Es el relato de algunos recuerdos entresacados de sus cinco años de infancia, de los ocho a los trece años, en el colegio de Crossgates, se llamaba realmente *St. Cyprian's*, salpicados de reflexiones y explicaciones de un Orwell adulto, cansado y enfermo, cargado de pesimismo y desilusión. Son unos recuerdos escogidos por una mente adulta y reflexiva, a los que parece cargar de su insatisfacción de hombre maduro que ha luchado por algo, pero que, abatido y acabado, no ve o no puede ver el resultado de sus esfuerzos. La descripción desnuda que hace del niño que fue él, frustrado, insatisfecho, débil, impopular, desagradable, es más, yo creo, su propia descripción mental trasladada a su infancia por el recuerdo.

Orwell nos cuenta algo de lo que le ocurrió o de lo que recuer-

da con más viveza durante los cinco años que pasó en Crossgates. Nos lo cuenta en los últimos años de su vida, corta y enfermiza, como algo que no quiere dejarse en el tintero, porque lo considera un tema muy importante de reflexión para una sociedad que él quiere contribuir a cambiar. El tema del ensayo es la escuela de una sociedad determinada, la inglesa, o de una parte influyente de esa sociedad, y en una época precisa de nuestro siglo, del año 1911 al 1916. Pero nos lo cuenta ya casi en el año 1950, cuando muchas cosas han cambiado y desaparecido, y cuando han sucedido acontecimientos muy graves que han marcado su vida profundamente. Es el momento último de su vida, muere en ese año de 1950, después de haber luchado físicamente en la Guerra Civil española y haber asistido a una Segunda Guerra mundial. Y al describir esa escuela, nos habla de la sociedad que la nutría y nos deja ver su desprecio ya de hombre adulto hacia aquella sociedad que ha cambiado, pero que no está seguro de que se haya liberado de sus grandes defectos y miserias.

Crossgates es un colegio al que asisten niños que proceden de las clases alta y media-alta de la sociedad inglesa, en una época en que la distinción de clases sociales es brutal. A esta escuela asiste Orwell, y ésta es, quizás, una de las contradicciones de su vida. Atendiendo a su origen social, se diría que sus padres hicieron un esfuerzo económico para darle una educación que lo situara de algún modo a la altura de las clases adineradas. Según la imagen que Orwell nos da de su niñez, él nunca llegó a encajar en esa clase ni mucho menos a 'pertenercer' a ella. Esta idea de 'pertenercer' a un grupo determinado o a un lugar concreto, expresa la con el verbo inglés 'belong' lleva en sí un hondo bagaje cultural difícilmente expresable con una traducción de otra lengua que ve y expresa la realidad compleja que nos rodea de un modo siempre diferente. Además, es un verbo que puede aportar un claro sentido de clase social diferenciada de un modo casi imposible de reproducir en español con el equivalente 'pertenercer'. Es un verbo que sirve muy adecuadamente para 'clasificar' a una persona atendiendo a todos los rasgos de comportamiento de la persona que son significativos de un contexto social determinado. El autor nos dice: "Estaba claro que yo nunca podría llegar a ese Edén (el de las clases privilegiadas), al que uno nunca llegaba a 'pertenercer' a menos que naciera en él. Uno sólo podía, como mucho, 'amontonar dinero', mediante una carrera misteriosa llamada 'ir a la ciudad', y, cuando salías de la ciudad, después de haber ganado tus 100.000 libras, ya eras

gordo y viejo. Mientras que lo verdaderamente envidiable de la clase privilegiada era ser ricos cuando eran jóvenes". Para gente como el autor, que él considera la clase media ambiciosa, sólo quedaba el éxito conseguido por medio de un trabajo largo y continuado y, aun así, sólo se llegaba a ser un subordinado de los que de verdad 'contaban'.

Estas consideraciones de Orwell sobre la sociedad de la que estuvo rodeado en sus años escolares, y a la que nunca perteneció, aunque a veces parece que lo hubiera deseado vivamente, debieron influir poderosamente en sus planteamientos sociales posteriores. Se diría a simple vista, que toda su concepción de una sociedad que era necesario cambiar, parte en primer lugar de un rechazo vital hacia unas clases sociales determinadas que contribuyeron a crear en él un lacerante complejo de inferioridad, de pequeñez, de fracaso. Volviendo al tema de sus años escolares, que es el del ensayo, Orwell quiere llamar la atención sobre algo que se conoce pero a lo que no se presta la debida atención: un niño está abierto a toda clase de impresiones que dejan huella en él; un niño es incapaz de tener un juicio objetivo e independiente sobre todo cuanto forma su entorno; un niño acepta los valores que le enseñan o le imponen los mayores. Y la escuela, esa escuela-internado sobre todo que él conoció, es muy directamente responsable de las actitudes aprendidas por quienes asisten a ella. Y, aunque los sistemas educativos progresan y eliminan poco a poco una serie de tabúes religiosos, sexuales, sociales, el autor no está seguro de que no sigan existiendo, ya en 1950, entre otras cosas, el miedo, el odio, el esnobismo y la falta de comprensión, dentro de lo que el niño sigue aprendiendo en la escuela. Su certeza de que la escuela es un medio importante de cambio social, orientada en un sentido de progreso, no es menor que la que el autor expresa en otros lugares, y que casi se convierte en una obsesión, sobre la importancia, a veces intencionadamente infravalorada, de los medios de comunicación para dirigir a una sociedad en un sentido o en otro. El ha vivido ambas cosas: una escuela que le ha dejado abundantes cicatrices, y una prensa que ha falseado intencionadamente situaciones sociales y políticas en las que él ha estado envuelto, aniquilando dicha prensa a ciertos grupos por silenciamiento y creando corrientes favorables de opinión hacia otros, pero siempre perjudicando a la verdad y, últimamente, a la verdadera libertad. En cuanto a su obsesión por el poder de los medios de difusión y de la clara propaganda política, no hay más que

leer obras suyas como *1984*, *Animal Farm*, o *Mi Guerra Civil Española*.

En este ensayo sobre la escuela de su infancia Orwell se nos presenta como un personaje hondamente crítico de todo el sistema escolar y de la sociedad que lo sustenta. Destacan siempre sus descripciones que resaltan los aspectos negativos; quizás carga las tintas excesivamente cuando comenta las condiciones deplorables de sus años escolares. A veces, él es consciente de ello y advierte al lector sobre alguna posible exageración, aunque está seguro de ser realista y objetivo. Apenas encuentra virtudes, bondades, en las cosas y en las personas que le rodean: en sus cinco años en Crossgates sólo encuentra a dos personas, Mr. Brown y Mr. Batchelor, por quienes no sintió aversión ni miedo; al parecer, no hubo nadie por quien sintiera afecto. El director, Sim, y su esposa, Bingo, son dos personas ambiciosas, perversas, llenas de falsedad, que imponen un sistema de terror, envidia, odio y venganza entre los niños. Orwell explica que, después de analizar sus sentimientos, el que prevalecía por encima de todos los demás era el odio. Uno piensa que es odio a las personas concretas que estuvieron sobre él durante esos años escolares, pero, analizando sus obras, se ve que es el resultado de una postura negativa, profundamente crítica, hacia casi todo lo que le rodeaba. Recordando su niñez, nos dice, por ejemplo, que se equivoca el maestro que imagina que los niños le quieren y confían en él, y concluye que "un adulto que no parece peligroso casi siempre parece ridículo".

Destacan en sus recuerdos toda clase de miserias humanas y físicas: La crueldad de un sistema que zahiere, que mortifica, que aniquila todo lo que no sea la fuerza bruta o el poder del dinero o de la casta social, mediante la exposición pública de las debilidades de uno, según un código inhumano de juzgar lo que era una debilidad, y mediante el castigo físico brutal. Los malos tratos de los niños por parte de los adultos es una constante en la literatura inglesa; sin duda fueron reales los malos tratos recibidos por Orwell en Crossgates. Nos recuerda las normas irrationales de conducta mediante las que Sim y Bingo tiranizaban a todo el colegio, y que a Orwell siempre le parecieron un medio de descargar sobre los niños el peso de su perversidad y de sus vicios y complejos; el sentimiento de culpabilidad que el colegio creaba en cada niño de un modo gratuito, sin nada que lo justificara y sin que los niños pudieran explicarse el porqué de ciertas conductas erróneas. Este sentimiento de culpa-

bilidad acompaña al de odio en los recuerdos de Orwell. Y, unido a él, la imposibilidad física de practicar el bien, según las normas establecidas; es decir, el mal, el pecado no deseado, sin intención de cometerlo, pero real, inevitable. La religión con sus tabúes y su sedimento cultural es, naturalmente, uno de los blancos del odio del autor. Sin apenas nombrarla, está presente como inductora de toda una moral social destructiva, causante de una serie de contradicciones sociales y morales, y de todos los terrores y aversiones sembrados en los niños por los educadores. Desgraciadamente, al final de su vida, Orwell no está seguro de que, una vez eliminados los tabúes religiosos, sexuales o de otro tipo, no sigan existiendo el temor, el odio, el esnobismo y la falta de comprensión.

Su postura social y política, declaradamente en favor del Socialismo (véase su obra *The Road to Wigan Pier*), pero, sobre todo, en favor de la libertad y en contra de toda tiranía, parece haber nacido, pues, de una reacción vital a un mundo hostil, brutal, con unos valores materialistas desprovistos de todo sentido humano. No es fácil separar el Orwell narrador de cuarenta y tantos años, enfermo y consciente de su acabamiento físico, del Orwell niño, protagonista en primera persona de aquellos años de colegial en Crossgates. Pero es muy interesante saber cómo se veía a sí mismo físicamente, de niño, o cómo se recuerda de mayor cuando escribe sobre su infancia. Evidentemente, Orwell fue siempre un niño enfermizo. El dice que en invierno, a partir de los diez años, apenas gozó de buena salud. Tenía insuficiencia respiratoria y una lesión en un pulmón que no fue descubierta hasta muchos años después. Este debió ser el origen de su gran repugnancia y horror al ejercicio físico violento y de sus pesadilla con el fútbol —"el frío, el barro, el repugnante balón lleno de grasa que te venia a la cara silbando, los golpes de rodilla y los pisotones de las botas de los muchachos más corpulentos". En otros aspectos también, pero sobre todo en lo físico, tenía un verdadero complejo de inferioridad. Nos lo dice con toda claridad: "Según los patrones sociales que imperaban a mi alrededor, yo era un don nadie, y no podría ser nunca nada. Además todos los diferentes tipos de valores parecían estar misteriosamente interrelacionados y recaer en las mismas personas. No era sólo el dinero lo que contaba: también estaba la fuerza, la belleza, el atractivo personal, las cualidades atléticas y algo llamado "agallas" o "carácter", que en realidad quería decir la fuerza para imponer tu voluntad sobre los demás. En *Animal Farm* nos presenta un personaje de "carácter" (Napoleón), quien acabará tira-

nizando a todos sus congéneres. Yo no tenía ninguna de estas cualidades. En los deportes, por ejemplo, yo era un inútil. Nadaba bastante bien y no era del todo malo en cricket, pero estos deportes no daban prestigio, porque los chicos sólo le dan importancia a un deporte si requiere fuerza y valor. Lo que contaba era el fútbol, para el que yo era un cobarde". Orwell se ve a sí mismo claramente arrinconado, discriminado, empequeñecido, ridiculizado por todo un mundo inhumano, brutal, superior, física, social y económicamente. Lo moral no cuenta, sobre todo si sus patrones no coinciden con los de sus congéneres; y lo intelectual no tiene el apoyo suficiente para prestarle o auparle en una sociedad que valora lo físico y material con total predominio sobre la inteligencia. Y, como resultado de todas estas consideraciones, Orwell se considera un fracaso total. Es una idea que parece haberle perseguido constantemente. Cuando se despide de Crossgates, piensa: "Yo había ganado dos becas, pero era un fracaso, porque el éxito se medía no por lo que uno hacía, sino por lo que uno 'era'. Yo no era 'el tipo adecuado de muchacho y no podía darle ningún prestigio a la escuela. No tenía carácter ni valor ni salud ni dinero, ni siquiera buenos modales, ni la posibilidad de parecer un caballero'". Y, cuando ya se ve fuera del colegio, sigue diciendo: "Pero sí sabía que el futuro era oscuro. Fracaso, fracaso, fracaso —fracaso tras de mí, fracaso delante de mí— ésa era con ventaja la convicción más profunda que me llevaba conmigo".

De algún modo, Orwell culpa continuamente de su fracaso y progresivo aniquilamiento a todo cuanto le rodea: el colegio, sus profesores, la mayoría de sus compañeros, y todo el mundo de los mayores. Unido al sentimiento de fracaso está el del odio, que Orwell dirige en especial a todas las personas mayores. Sim y Bingo son sus blancos particulares, pero, realmente, es un odio generalizado. Exclama, hablando de las personas mayores: "¡El tamaño enorme de los mayores, sus cuerpos torpes, rígidos, su piel áspera, arrugada, sus grandes párpados caídos, sus dientes amarillos, y el vaho de ropa enmohecida, y cerveza y sudor y tabaco que despiden continuamente!". Y termina, como he indicado ya anteriormente: "El maestro que imagina que los chicos le quieren y confían en él, de hecho es imitado y ridiculizado a sus espaldas. Un adulto que no parece peligroso casi siempre parece ridículo".

El complejo de inferioridad de Orwell es inmenso, es una obsesión opresiva, una paranoia. Su salud, su carácter introvertido, el haber sido llevado a un ambiente colegial al que claramente no 'per-

tenecía' socialmente, las vejaciones continuas de maestros y compañeros, el esnobismo rampante de todo aquel mundillo que le zahería sin tregua, pueden ser parte importante de la causa. Sin duda, Orwell exagera al querer darles vida a sus recuerdos de infancia y presentarlos como recuerdos de entonces y no de sus años maduros. Algo que solamente menciona de pasada y que claramente debió de ser parte de su herencia son sus relaciones con sus padres, bastante frías y distantes. Hablando de afectos personales, dice: "Era igualmente claro que uno debía amar a su padre, pero yo sabía muy bien que no sentía ningún afecto por mi propio padre, a quien apenas había visto antes de cumplir los ocho años y cuya imagen era para mí nada más que la de un viejo malhumorado que siempre estaba diciendo 'No hagas esto, no hagas lo otro'." Casi al final del ensayo dice: "Uno puede querer a un niño, tal vez, más profundamente que puede querer a otro adulto, pero es precipitado suponer que el niño siente ningún afecto recíproco. Volviendo a mi propia niñez, después de los años de infancia, no creo que sintiera nunca amor por ninguna persona madura, excepto mi madre, y ni siquiera en ella confiaba, en cuanto que mi timidez me hacía ocultarle la mayoría de mis verdaderos sentimientos".

Cabe preguntarse por qué Orwell fue enviado a este colegio, donde tuvo que soportar la crueldad de mayores y compañeros, y las vejaciones continuas de unos educadores que le recordaban sin cesar su origen llano, avergonzándolo ante los demás siempre que tenían ocasión de hacerlo. La clase media, o media-baja, se movía en ese equilibrio de 'querer y no poder' tan inestable e incómodo; sobre todo cuando, por educación y profesión, le correspondía un grado por encima del que económicamente podía mantener. Este debió ser el caso de la familia de Orwell en un mundo tan rígidamente clasificado como el inglés de aquella época. Lo cierto parece ser que Crossgates tuvo una notable influencia negativa en el espíritu sensible de Orwell. Destaco de nuevo la imagen despreciable y ruin que el niño Orwell llegó a formarse de sí mismo, y que sintetiza en unas frases: "Yo era débil, no tenía dinero, era mal parado, no era popular, tenía una tos crónica, era cobarde, oía mal". Y termina: "Yo era un muchacho desagradable. Crossgates pronto me hizo así, aunque no lo hubiera sido antes".

El niño Orwell pare haber pasado por unas etapas de envidia, odio y deseo de revancha que posiblemente condicionaron su vida y sus principios ideológicos, o, al menos, sus simpatías o antipatías. El esquema simple colegial del muchachote fuerte, guapo, popular,

atlético, de padres ricos, que se permite insultar y ridiculizar al niño débil, pobre, indefenso, solitario, lo traslada Orwell en sus años adultos a las clases que apoyan a las dictaduras fascistas, que ostentan el poder militar y económico, y que machacan a las clases de abajo. Por supuesto, al igual que en Crossgates, Orwell está con los de abajo. Por eso vino a luchar a España *contra Franco*, por eso está siempre de parte de las clases oprimidas, por eso siente clara simpatía por el Socialismo, sin ser hombre de partido. Orwell estima en mucho la independencia política que le permite siempre defender la libertad. Por eso, también se pronunciará tan claramente contra cualquier tipo de dictadura, como lo hace en su obra maestra *Animal Farm*, aunque al final siempre sea el fuerte quien triunfe.

Este relato infantil autobiográfico de los años que pasó Orwell en Crossgates nos deja ver ya el Orwell contradictorio a medida que las posturas sociales y políticas van cambiando, pero también al hombre que se erige en conciencia acusadora de su sociedad. Es, ante todo, el gran defensor de la verdad como única garantía de la verdadera libertad. Se dedicó profesionalmente a narrar la verdad, como corresponsal, y ejerció literalmente de defensor de la libertad, no sólo con sus escritos sino con su participación física junto a las milicias del POUM en la Guerra Civil española. Se nos revela ya de niño como aherrojado por una maraña de tabúes, falsedades, mentiras, que él quiere deshacer por su propia libertad y la de los demás. No se librará nunca del todo de esa maraña, pero tampoco dejará de luchar contra ella. Este ensayo que comentó, y que apareció entre sus papeles después de su muerte, es una muestra de su continua obsesión por desmitificar la sociedad en que él vivió. La religión es claramente uno de los blancos de su aversión. El niño Orwell se siente oprimido por un mundo 'de bien y de mal', del que uno no puede salirse, y donde las reglas del juego son tales que resulta imposible ser bueno. Le opriñe la conciencia de pecado, involuntario e inevitable, pero pecado al fin, y un profundo sentimiento de culpabilidad, que él acepta sin cuestionar. Hay una secuela de odio inevitable y una clara culpabilidad por ello.

Dedica buen número de comentarios a los tabúes sexuales que, como casi todo, servían para aterrorizar a los niños y hacerlos sentirse culpables de perversidades imperdonables que ellos no comprendían. En una ocasión le acusaron a él directamente de haber cometido aquel pecado imperdonable 'propio de animales'. Nos dice: "Cayó sobre mí un sentimiento de perdición. De modo que yo

también era culpable. Yo también había hecho aquella cosa terrible, no sabía qué exactamente, que te destrozaba para toda la vida, en cuerpo y alma, y te conducía al suicidio o al manicomio".

Le irrita la falsedad, la mentira, de toda la sociedad que le rodea. Luchará contra ella en casi todas sus obras. Basta leer *Homenaje a Cataluña*, *Animal Farm*, *Nineteen Eighty-four* sobre todo. Le repugna el esnobismo, palabra muy frecuente en este ensayo, de las clases sociales con las que está mezclado. Todo esto le empuja a una lucha continua contra la falsedad, la intransigencia y el autoritarismo. Aparecen, lógicamente, claros destellos de revancha. Dice Orwell: "Había un verso de un poema que leí, no cuando estaba en Crossgates, sino un año o dos después, y que pareció crear un eco plomizo en mi espíritu. Era 'los ejércitos de la ley inalterable'. Entendí a la perfección lo que significaba ser Lucifer, vencido y justamente derrotado, sin ninguna posibilidad de venganza. Los directores de escuela con sus bastones, los millonarios con sus castillos escoceses, los atletas con su pelo ondulado, —éstos eran los ejércitos de la ley inalterable. No era fácil, en aquella época, darse cuenta de que, de hecho, 'era' alterable. Y según aquella ley yo estaba condenado". Cuando recuerda la pelea que tuvo con Halls, un muchacho mucho más fuerte que él, dice como avergonzado que actuó cobardemente, porque luego no aceptó oficialmente el reto que Halls le hizo. "En aquel momento, no podía ver más allá del dilema moral que se le presenta al débil en un mundo gobernado por el fuerte: 'Infringe las normas o perece'. Yo no me di cuenta de que en aquel caso los débiles tienen el derecho de establecer un código diferente para sí mismos; porque, aunque tal idea se me hubiera ocurrido, no había nadie a mi alrededor que me hubiera apoyado. Yo vivía en un mundo de muchachos, animales gregarios, que no ponen en duda nada, que aceptan la ley del más fuerte y se vengan de sus propias humillaciones imponiéndoselas a alguien más débil. Mi situación era la de muchos otros chicos, y, si en potencia yo era más rebelde que la mayoría, sólo era porque, según la medida usada entre muchachos, yo era un ejemplar más pobre. Pero nunca me rebelé intelectualmente, sólo emotivamente. No tenía nada en que apoyarme sino mi torpe egoísmo, mi incapacidad —no, en realidad, de menospreciarme, sino de detestarme— mi instinto de sobrevivir".

Orwell parece haber dedicado buena parte de su vida a lograr establecer un código diferente para sí mismo y para todos los débiles de la tierra. Este nuevo código va a justificar plenamente la trayectoria de su vida, y, por supuesto, va a liberarle de todos sus sentimientos de culpabilidad al no comportarse como la clase do-

minante. Inicia pronto una carrera de identificación con las clases más destituidas, y hace un verdadero esfuerzo por experimentar sus propias miserias. No quiere ser un mero narrador de los de abajo ni un simple ideólogo para sacarles de su postración; quiere ser uno más de ellos hasta el punto de verse obligado a luchar contra sus propios gustos de persona instruida y refinada que le delatan como alguien que tampoco 'pertenece' de verdad a esa clase. En su obra *The Road to Wigan Pier* cuenta sus propias experiencias de vivir igual que los mineros y sus familias; luego declara que sólo el Socialismo puede liberar a esta gente de la miseria impuesta por unas clases que globalmente apoyan a las dictaduras fascistas. Se alista en las milicias del POUM para vivir desde dentro la lucha contra esas dictaduras, en la Guerra Civil española. Curiosamente, su experiencia al final de su participación en nuestra guerra va a ser decisiva para crear en él una verdadera aversión a cualquier tipo de autoritarismo, ya que pudo observar cómo la máquina comunista aniquilaba todo cuanto él había acariciado como ejemplo de verdadera libertad. No debe hacernos pensar esto que Orwell cambió de postura por esta experiencia; su línea siguió siendo la misma, de apoyo y defensa de quienes no tenían a su lado la máquina del estado. Unicamente, el blanco de sus críticas y ataques se extendió no sólo a las dictaduras fascistas de derechas sino también a las dictaduras socialistas. Su obra maestra, en mi opinión, esa pequeña fábula titulada *Animal Farm*, la más querida también de su autor, es un relato agridulce, lleno de ternura, el más generoso y amable de cuantos escribió, el más humano, quizás porque sus personajes son animales, y representa un claro ataque a las dictaduras socialistas establecidas después de una revolución. Se refiere muy concretamente a la Rusia de Stalin, por lo que el autor tuvo grandes dificultades para publicar esta obra. No hay que olvidar que era al final de la segunda guerra mundial y Rusia era un aliado contra el eje de Hitler. Su obra amarga, *Nineteen Eighty-Four*, será el mejor ejemplo de su terror ante la aniquilación del individuo por la implacable máquina del estado todopoderoso.

Como para justificar la enfermiza opinión que, de niño, tenía de sí mismo, Orwell muere a los 47 años, de tuberculosis, después de varios años de extrema debilidad. No había ganado ninguna batalla importante, ni en España ni en su lucha constante en favor de la verdad y de la libertad. Quizás hoy, en este año de 1984, título de su novela más inquietante, se esté convirtiendo de verdad en uno de los escritores más clarividentes y desmitificadores de nuestro siglo.

## “FACT AND FICTION” EN “THE ROAD TO WIGAN PIER”

Mary ROCHE

Como varios de los libros de Orwell —y aquí no me refiero a los más conocidos, *Animal Farm* y *1984*— *The Road to Wigan Pier* tiene una historia. Quiero decir que tiene una historia como libro. Precisamente, dentro del libro, no hay un argumento propiamente dicho, sino aquella mezcla de “fact” y “fiction” que es tan típica de algunas de las primeras obras de Orwell, y que nos hará recordarle siempre como uno de los exponentes de un género de literatura que se podría llamar “ficción periodística” o “periodismoficción”. Como antecedentes, yo pienso no sólo en Swift —muy citado como predecesor de Orwell por su espíritu satírico— sino en el Defoe de “Journal of the Plague Year”, o incluso en autores modernos norteamericanos como Kerouac, Truman Capote, Vonnegut y otros.

La primera obra publicada de Orwell, *Down and Out in Paris and London*, fue la narración de sus experiencias en ciertos barrios de París, donde trabajó como pinche de cocina en un hotel de gran lujo, y luego en Londres, donde vivió durante varios meses como